

Eso que llaman Billetes

Alguien muy querido en esta casa, nos hablaba el otro día del mal efecto que a los extranjeros producen esos pape-luchos mugrientos que por ahí circulan y que en los buenos tiempos de su creación se editaron con el nombre de billetes de Banco.

Realmente valdría la pena de volver a considerar este asunto, y mirar la manera de poner a la cosa aunque no fuera más que un poquitín de remedio.

Nada hay más bochor-noso para todos, que la de vernos obligados a ser portadores de esa tal inmundicia que hace tiempo ya dejó de ser papel y como billete lo tomamos por pura y simple fantasía.

Verdaderamente, hoy, tomar un billete es como tomar la póliza de un riesgo seguro que a la fuerza debe terminar con la inyección de unas cien mil unidades de penicilina. Hay que ver lo que la gente resiste cuando se trata de dinero. Si no fuera por el valor que le damos, o quizá mejor por el que el Banco le reconoce, a estas horas ya no quedarían aprovechables en toda la ciudad más que unas cuarenta pesetas. Y todavía, quizás, en manos de algún coleccionista.

Tomándose el asunto un poco en serio, bien creemos que valdría la pena de que nuestras entidades bancarias y de ahorro colaboraran en lo posible en esta obra de saneamiento que, en su doble aspecto de higiene y moral estimamos que a todas luces se impone.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
28 JUNIO 1956

Elche y la Costa Brava

Elche y la Costa Brava

HECHO SINTOMA

consecuencia, tienen hoy tanto parentesco, que su parecido hace que las tomemos por dos perfectas gemelas.

Al nombre, de por sí ilustre, que ostenta la ciudad de Elche, cabe ahora añadirle el gran espectáculo de sus palmerales y que a su vez constituye la mayor de sus riquezas turísticas.

Pero da la casualidad, que lo mismo que a la Costa Brava con sus espacios verdes, los palmerales ilicitanos están abocados al castigo de la peor de las epidemias, cual será siempre el egoísmo humano metido en la piqueta de los cálculos estrictamente mercantiles.

La ciudad crece y los terrenos se pagan mucho más de lo que rinde el fruto de sus palmeras. En los tiempos de agobio que pasamos años antes, el dátil era un fruto deseado que se pagaba a buen precio y contenía, por sobre la mentira que son siempre los sucedáneos, la verdad de sus reales vitaminas. Pero hoy las cosas son muy distintas y, abastecido como anda el mercado, Elche, en este aspecto que presenta la cuestión rentable, podría sin dolor ni rubor reducir su palmeral a la estricta condición de una muestra que se mantiene como recuerdo de familia.

Y, no obstante, nadie precisa ser muy listo para adivinar la monstruosidad que encierra un hecho de tal naturaleza y que, aparte de otras consideraciones de tipo moral, constituye un serio atentado a la dignidad del paisaje y a la propia riqueza que en el mosaico español el turismo atesora.

Es por eso que en Valencia sonó la voz de alarma, ya que una ciudad puede crecer sin necesidad de que su ensanche tenga que acabar con el alma de los pueblos.

En aquellos momentos en que el Cronista de Elche, erguido por el dolor, nos contaba con voz trémula las incidencias del lamentable suceso, este escritor sintió en su carne el

Que lejos está la una de la otra y, no obstante, en la

mismo escalofrío pensando en los parajes que el egoísmo dinerario malogra casi todos los días a todo lo largo y ancho de esta Costa.

Por unas cuantas, poquísimas experiencias que la hayan dignificado, existen, infinitas, muchas más las que ha tenido que soportar en su ultraje.

La gran riqueza verde de nuestros panoramas se ha visto atacada por la misma enfermedad que en Elche diezma y aterroriza sus palmerales. Y es que el virus de la enfermedad, tanto allá como aquí, tiene el mismo signo porque se nutre de una misma raíz.

Tan lógico resulta que la propiedad busque un mayor rendimiento, como el que la sociedad defiende sus derechos poniendo coto a todos los desmanes. Y la elección en este caso es bien notoria para que a nadie y a su capricho quepa la libertad de decidir lo que en el mundo está ya sentenciado y definido.

D.

REGLAS DE TURISMO

El turismo es una ciencia como otra, pero con el inconveniente, en su caso, de que no tiene asignatura en ningún estudio, ni existe cátedra que nos dé sus enseñanzas.

Turismo es saber y entender sobre muchas cosas para, como en toda oración gramatical, conjuarlas en estrecha concordancia con lo que la norma dicta y establece.

El turismo, pues, es algo más que una forma cualquiera de matar el tiempo, o de divertirse a costa de los que nos rinden su visita.

Turismo, en una palabra, es sinónimo de vocación, que como en todos los casos nace y se nos da completamente espontánea.

Aparte del dividendo que al país rinde, el turismo consigue lo que muchas doctrinas no lograron: que los pueblos se conozcan y se amen.